



CyP

Revista Cambios y Permanencias
Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.12, Núm. 2, pp. 745-750 - ISSN 2027-5528

Uno siempre recuerda la tierra donde nació

Silvia G. Álvarez Trujillo

Universidad Industrial de Santander

orcid.org/0000-0002-0118-664X

HAREDES
Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

Uno siempre recuerda la tierra donde nació

Silvia Geovanna Álvarez Trujillo: Estudiante de Licenciatura en Lenguas Extranjeras con Énfasis en Inglés, Escuela de Idiomas, Universidad Industrial de Santander. Correo electrónico: silviageovannaalvarez@gmail.com; silvia2162220@correo.uis.edu.co ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0002-2850-5938>

No ma', eso es una cosa que no tiene explicación. Dejar las amistades, la tierra donde uno está acostumbrado a estar, son heridas que uno nunca puede borrar. Eso es una cosa que no, ni siquiera quisiera recordar porque yo sufrí mucho...mi papá se vino delante y yo quedé atrás en otro carro con cerdos y gallinas... La verdad son cosas que no quisiera recordar, cosas que le mueven a uno el alma...

Esas son las palabras desgarradoras del “Mono” como lo conocen sus compadres en el pueblo más caliente de toda Colombia tanto que su nombre es una paila hirviente. A kilómetros de distancia, pero a tan solo centímetros de mi corazón, El Mono me cuenta a veces con risas, otras veces con llanto su vida.

Todo comienza en una pequeña vereda donde cupido, el dios del amor, la bautizó Los Corazones. Allí reinaba la alegría y se escuchaban las risas en el salón de billar, en las cuatro famosas tiendas y en la cancha de fútbol. Se veía la juventud corriendo y jugando sin miedo a aventurarse por aquellas montañas que parecían tocar el cielo. Se veían los animales paseando juntos como novios en un parque. Se veía las grandes plantaciones de café, frijol y plátano que desprendían su aroma recorriendo hasta el ranchito más recóndito del lugar.

-¡Qué linda era mi vereda!- exclamó con tal sonrisa que sus ojos se escondieron de felicidad.

Esa es la particularidad del Mono siempre con una sonrisa de oreja a oreja -tanto que su boca parecía una rodaja de mandarina- me dije. Así, con esa dicha me cuenta sobre sus padres y siete hermanos -unos berracos- me aclaró, quienes en esa época se dedicaban a cultivar plátano y maíz. Al maíz le decía de otra forma que yo no puedo pronunciar- no se preocupe, ma', dígame maicito- me consoló con ternura. Y con esa misma dulzura me relata

que desde muy pequeño amaba el campo, la agricultura y los animales -¡el campo qué vida tan sabrosa!- Al decir aquellas palabras, sus ojos se escondían y su sonrisa volvía a ser otra vez de mandarina. Pero de repente, como cuando uno hace click al encendedor de la luz, su semblante y postura se tornaron de un sombra, su rostro se había convertido en melancolía pura y su cuerpo posaba ahora rígido. Su boca mandarinezca había perdido su forma, distorsionada, vuelve a un estado neutral que ahora lleva pegado unos labios endurecidos. De aquellos salió una voz, pero ya no era la misma. Esta voz se quebraba llena de nostalgia por recordar sus sueños de infancia. Él anhelaba en su alma ser profesional- yo sería un gran médico veterinario- me dijo. Sin embargo, el conflicto armado colombiano había llegado a muchas partes de Colombia, expandiéndose como un cáncer carcomiendo a todo y a todos los que estaba en su camino utilizando balas y machetes, herramientas tan macabras que ni el mismo diablo las hubiera pensado ni siquiera. En esta vereda, bautizada Los Corazones por el mismísimo cupido, ahora sólo yacían fragmentos de corazones regados por todo el lugar. El Mono y su familia vieron y escucharon cosas que nadie debería haber vivido y ojalá nadie nunca lo vuelva a vivir.

Un día del año 2002 a las 4 de la mañana, El Mono iba montado en un camión lleno de animales especialmente cerdos y gallinas. Estaba solo, su padre iba en un carro adelante, él lleno de miedo, no pudo parar de llorar durante todo el camino. El recuerda un momento preciso de ese trayecto, alguien lo tiró del camión al suelo. Su cuerpo se estrelló con la arena caliente y un pavor inundó todo su cuerpo. Ya no podía sentir el dolor físico porque en su alma llevaba una mochila que pesaba más. Eran ellos ahora, como muchos de sus amigos y vecinos, los que tenían que irse. Los mensajes de amenazas habían llegado a sus oídos y se esparcen de boca en boca como un teléfono roto, pero esta vez el mensaje no estaba distorsionado -tuvimos que irnos- me dijo. Había muchos cuerpos en los caminos, bajaban a la gente de sus camionetas, de sus caballos, de sus mulas y los mataban ahí para que todos pudiéramos verlos. La gente tenía miedo y por eso corrían lo más lejos de aquella hermosa vereda que alguna vez fue cuna de risas. El Mono me dice con terror en sus ojos “si uno no se iba, lo mataban”. Pasan unos minutos y el Mono ahora está mudo dice que ya no puede

decir más que son cosas que no quiere recordar, momentos que le sacuden el alma como si estuviera en medio de un temblor. Lo miro y siento cómo mis entrañas se retuercen y me siento impotente. El Mono respira profundamente y me dice que quiere continuar contándome su historia. Narra que esa zona era muy alejada, pero aun así llegaron todos los actores armados -paramilitares, guerrillas y hasta el mismísimo ejército- así me lo dijo. Ellos constantemente amenazaban a los campesinos y controlaban todo -absolutamente todo- dijo. Ellos peleaban por el poder del territorio. Me decía que ese territorio era muy importante, era la unión entre el Cesar y el Norte de Santander -era la conexión con el resto del país- me explicó.

El Mono me vuelve a mirar fijamente y con su voz cada vez más debilitada retorna a esa pesadilla que fue el desplazamiento forzado. Cuenta su llegada a Barranquilla, una ciudad extraña, extranjera donde ya no podían llevar aquella vida feliz en el campo donde olía a café, frijol y plátano - uno siempre recuerda la tierra donde nació- me dijo con nostalgia. La gente de Barranquilla era muy diferente a sus vecinos de la vereda Los Corazones. El aire y todo de esa ciudad no era lo que El Mono quería. Por eso, desde el primer momento en que puso un pie en aquella tierra, también caliente, supo que toda su vida iba a cambiar y que nada volvería a ser igual. Ni para él, ni para su familia. Aún recuerdo las palabras exactas del Mono:

Claro, muy diferente, muy diferente porque en el campo uno está acostumbrado a criar a los animales, a luchar con la hierba, como dice mi papá, a sembrar y a limpiar. Pero entonces en la ciudad era un ambiente diferente, prácticamente el ambiente es encerrado. El tratar con las personas es diferente, el trabajo es diferente. En Barranquilla trabajamos con carne, después trabajamos en una fábrica clasificando material: cobre y bronce... Eso es una larga historia, hasta la comida era muy diferente, hasta los nombres de los productos eran muy diferentes.

Así fue cómo El Mono me relata su vida en Barranquilla, una vida llena de incertidumbre. Mientras el Mono me cuenta su estadía en aquella tierra conocida por sus carnavales, pienso en cada colombiano que, como El Mono, ha tenido que dejarlo todo de la noche a la mañana y partir hacia tierras desconocidas donde tampoco encuentran consuelo. ¡Colombia cuán indolente eres! - me dije para mis adentros.

El Mono cuenta que, en esa tierra extranjera, su familia se enfermó -abrazo de pato- me dijo echando una carcajada y otra vez, por fin, vi la silueta de aquella bella sonrisa. Con

curiosidad le pregunté -¿Qué es el abrazo de pato?- muy tiernamente me respondió que es una gripe muy fuerte. Nos miramos fijamente y nos reímos por un rato de aquel nombre tan extraño y tan chistoso - ¿quién se lo habrá inventado? - me pregunté.

El Mono continuó su historia y así fue cuando en el 2004 regresaron a Los Corazones, pero iban sin esperanza porque el conflicto armado aún seguía y seguiría por muchos años más. Los Corazones, ¡qué lindo nombre! - dije. Pero de inmediato me pregunté ¿será que todavía habrá uno? y me respondí que no, que no quedaba ninguno. Que aquellos verdugos no tenían corazón y que las víctimas de esta guerra como la familia del Mono ya lo tenían destrozado. El Mono cuenta como él y su familia atravesaron diferentes trochas y caminos para llegar a su ranchito. Habían dejado una siembra de café -estaban maduritos, daba un gusto mirarlos- me dijo con alegría al recordar aquella buena siembra. Pero una vez más fueron desplazados. Tuvieron otra vez que recoger sus cosas y partir. Ellos ya no querían volver a Barranquilla, esa tierra que no sentían suya. Por eso, esa vez, decidieron quedarse en Pailitas y esperar a que la violencia cesara y así poder volver a sus tierras, tierras llenas de color verde, de animales, de siembras y de risas. Sin embargo, ya no serían las mismas que solían ser, la violencia había destruido todo. Así recuerdo sus palabras:

Pero esta vez no nos fuimos a Barranquilla, sino que nos quedamos acá y como uno no debía nada, entonces a ninguno de nosotros nos señalaron y pues nos mantuvimos aquí y pues aquí la gente nos veía trabajando, trabajando y después cuando ya pasó esa violencia retornamos otra vez [...] La violencia que fue la causa de destruir todo, fueron prácticamente desde el 2002 hasta el 2012 que eso se acabó. Todas las viviendas se acabaron porque eso prácticamente tocó hacer las cosas de nuevo. La causa fue la violencia que acabó con la misma producción del campesino, ya ni alimento se reproduce, ahora solamente el ganado.

El Mono vuelve a respirar profundamente varias veces y nos quedamos callados por unos segundos. Él alza su cara y con mucha tristeza me dice- aquella vereda sólo existe en mi memoria.

La historia del Mono es una historia llena de dolor. Cada palabra que sale de su boca hace que su rostro se torne cada vez más rígido y sus ojos se humedezcan. Ahora estando en

aquella vereda donde nació y creció parte de su vida, se siente olvidado por el Estado -¿Dónde está el Estado- me preguntó. El Estado no le ha prestado la ayuda suficiente o la ayuda que le ha dado no ha reparado su dolor. El Mono con indignación me dice:

Todo es maquillaje. Todo lo que uno sufrió, todo lo que uno vivió. Y esos programas del gobierno que le dan a uno \$5.000.000 o unas semillas que ni siquiera nacen. Esa plata se pierde, eso no soluciona el problema. Yo me pongo a pensar si nosotros no hubiéramos perdido lo que teníamos, nuestras vidas serían diferentes.

Desafortunadamente, el Mono no sólo percibe el olvido del Estado colombiano en cuanto a reparación y justicia para las víctimas del conflicto armado, sino también es víctima de la incapacidad del Estado para dar soluciones en las zonas rurales -El Estado nunca está en la zona rural. No hay escuelas y no hay vías- me dice con la mirada fija.

El Mono se acomoda en su silla y me dice que me va contar otra parte de su vida. Se toma unos minutos y con tristeza en su semblante me narra otro episodio en su vida que lo marca para siempre. Un día dos de sus hermanos salieron a traer un ganado que se encontraba bien arriba en una montaña. Ellos necesitaban ese ganado para poder venderlo y así seguir con su cultivo de maíz. Sin embargo, un rayo los impactó, uno de sus hermanos falleció y el otro quedó gravemente herido. El Mono y su familia intentaron llegar a Pailitas, pero la vía no estaba en condiciones, entonces tuvieron que tomar otra ruta más larga. Ya era muy tarde- me dijo bajando la mirada al suelo.

Pero el Mono vuelve a alzar su cabeza y sus cabellos cobrizos vuelven a su lugar habitual. Me mira fijamente y vuelve a sonreír con aquella misma sonrisa del principio cuando me contaba sobre su infancia y lo bella de su vereda. Me dice orgulloso y ahora con una voz que no se quiebra más *“ahí me di cuenta que los gobernantes no hacen nada, por eso decidí yo hacer algo por mi comunidad”*. El Mono, llamado así por sus cabellos, decidió lanzarse a la política y fue concejal del municipio haciendo obras especialmente en las vías- quiero que nunca a alguien le pasé lo que le pasó a mi hermano- me dice.

Ahora su cara ha cambiado y con una sonrisa, de esas que llamamos de ponqué, me cuenta sobre cómo conquistó a su querida esposa- era mi vecina- me dijo. Ahora es la madre de sus dos hijos, un niño de 15 años y una niña de 11 años- los dos chuequitos míos- así los describe él. El Mono sueña con que sus hijos puedan lograr lo que él no pudo hacer: *“ser profesionales”*. Así, el Mono termina su relato abriéndome su corazón a kilómetros de

distancia. Después de haber hablado con El Mono aquel día y haber escuchado su historia, no volví a ser la misma. Hay unas palabras que siguen zumbando en mi cabeza y que creo que nunca olvidaré, palabras que sacuden mi realidad y también palabras que me llenan de esperanza:

Yo creo que, a nosotros, a nuestros hijos y a nuestras futuras generaciones tenemos que darles un país diferente porque no podemos seguir así. Nuestros hijos no pueden pagar por el error de nuestros mayores. Yo sí creo que tiene que haber perdón, y por eso trabajo en eso. Mira ahorita las manifestaciones y lo que está sucediendo en la ciudad eso fue lo que nosotros vivimos en el sector rural y fue más duro y pues ahora se traslada a las ciudades y las ciudades se están dando cuenta de lo que nosotros vivimos en ese momento, por ahí en el año del 1998, 2002 y 2005, pero yo sí creo que tiene que haber perdón. Si queremos un país mejor. Ustedes y nosotros podemos hacer muchas cosas para educar a la sociedad porque, así como vamos ¿este país va a ser para quién? ¿A dónde vamos a llegar? [...] porque yo sí sueño con un país lleno de paz.